

RESEÑAS

Alicia HERNÁNDEZ CHÁVEZ: *Anenecuilco: memoria y vida de un pueblo*. México: El Colegio de México, 1991, 261 pp. ISBN 968-12-0490-5.

En los inicios de 1913, unas semanas antes de que el presidente mexicano Francisco I. Madero fuere asesinado como consecuencia directa del golpe encabezado por el general Victoriano Huerta, veinte ciudadanos de Estados Unidos residentes en México desde hacía mucho tiempo enviaron una carta al presidente de su país, Woodrow Wilson. En ella describían a los campesinos de México (a quienes denominaban peones) como inhumanos e irracionales, y decían de ellos: “Su ignorancia, superstición e imprevisión escapan a toda comprensión. . . en su gran mayoría son sucios, amorales o groseramente inmorales y salvajes en el fondo”. Asimismo, justificaban el asesinato de Madero afirmando que:

[. . .] un hombre que iniciara una rebelión entre los peones sería mil veces más bellaco o tonto que uno que fumara cigarrillos en una fábrica de pólvora o encendiera una hoguera en un bosque abrasado por la sequía. Eso fue exactamente lo que hizo Madero al ofrecer el voto y la distribución gratuita de tierra a los peones. Supóngase que un hombre rico de Alabama hubiese empezado a armar a los negros unos años después de la guerra, ofreciendo a cada uno de ellos una democracia pura, cuarenta acres [dieciséis hectáreas] de tierra y una mula si lo hacían gobernador. ¿Durante cuánto tiempo habrían vacilado los blancos inteligentes en colgarlo del poste telegráfico más cercano, en particular si hubiese habido ahí tres negros por cada blanco?¹

¹ Carta de ciudadanos estadounidenses, con una prolongada residen-

Concluían la carta diciendo cómo deberían ser tratados los “peones” de México:

El deber del presidente de México ahora que los tigres andan sueltos y las pasiones están desatadas no es envidiable. La cuerda y el rifle de Díaz deben ponerse en uso nuevamente. No es una tarea para un hombre melindroso. Se requiere un verdadero patriota con nervios y puños de acero. Un hombre enérgico.²

Esa misma concepción simplista, que sostenía que los campesinos de México eran bárbaros apenas superiores a los animales, se reflejaba en la descripción que la prensa de la ciudad de México hacía de Zapata y sus seguidores. Los periódicos de México se referían a él como el Atila del Sur y llamaban a sus seguidores “las chusmas zapatistas”.

Incluso un hombre que profesaba simpatía por los zapatistas, como el escritor español Vicente Blasco Ibáñez, después de escribir que “los seguidores de Zapata eran los únicos revolucionarios sinceros”, afirmaba que “sus hombres eran unos bárbaros, algo así como los [una especie de] hunos. Caían sobre la ciudad de México como los invasores bárbaros al arrasar Roma”.³

Lo que todas esas afirmaciones tienen en común es el intento por deshumanizar a los zapatistas, por describirlos como bárbaros salvajes, sin respeto por las leyes de la civilización y completamente aislados de la corriente principal y la realidad de la vida mexicana. Uno de los grandes méritos de esta importante obra, *Anenecuilco: memoria y vida de un pueblo*, de Alicia Hernández Chávez, es que devuelve su calidad humana a los campesinos de Anenecuilco, el pueblo natal de Emiliano Zapata, a quienes éste condujo, primero, a una lucha política y judicial para recuperar sus tierras y, después, a la Revolución. El libro se basa en una serie de documentos que fueron conservados durante muchos años por los ancianos de Anenecuilco y que constituían no sólo el fundamento de su memoria histórica sino también el fundamento y la justificación de la po-

cia en México, a Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos, sin fecha. Archivos de la Legación Alemana en México; Archivos del Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores, Bonn.

² Carta de ciudadanos estadounidenses, con una prolongada residencia en México, a Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos, sin fecha. Archivos de la Legación Alemana en México; Archivo del Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores, Bonn.

³ Vicente BLASCO IBÁÑEZ, *Mexico in Revolution*. Nueva York, 1920, p. 200.

sesión de sus tierras. Hace algunos años esos documentos fueron entregados por uno de los ancianos del pueblo, Francisco Franco, quien luchó al lado de Zapata durante la Revolución, a un maestro que había ido a Anenecuilco: Jesús Sotelo Inclán. Él se basó en los documentos para escribir un libro en el que explica y justifica el movimiento zapatista: *Raíz y razón de Zapata*. Después de su muerte, su hermano tomó posesión de los documentos y se los ofreció al presidente Carlos Salinas de Gortari como un presente para el pueblo mexicano. Esos documentos también constituyen la base de la notable historia que Alicia Hernández Chávez escribe sobre el pueblo de Anenecuilco, desde su origen hasta el estallido de la Revolución en 1910, aunque no son, de ninguna manera, su única fuente. La autora posee un profundo conocimiento de la historia de Morelos, conocimiento que puso de manifiesto en una tesis de maestría en la que analizó los conflictos entre los pueblos de Morelos, así como entre éstos y las haciendas de ese estado durante la época colonial. Alicia Hernández Chávez demuestra que los habitantes de Anenecuilco no eran bárbaros empeñados en una destrucción generalizada, sino, antes bien, ciudadanos con un respeto por la ley que superaba con mucho al que profesaban las élites de su región y de la nación, pues agotaron todos los medios legales para defender sus derechos y bienes antes de recurrir a la fuerza armada. Los documentos demuestran también que, a lo largo de toda su historia, esos campesinos fueron parte esencial de la corriente principal de la historia mexicana y participaron en algunos de los movimientos políticos y sociales más importantes de México, tanto para fomentar la reforma social como para luchar contra los invasores extranjeros.

La historia de Anenecuilco es muy antigua. Hay claros indicios de que el poblado ya existía en tiempos prehispánicos, aunque los documentos en poder de los habitantes sólo se remontan al siglo XVII. En esa época se llevó a cabo el primer acto de resistencia de los habitantes de que se tenga registro. No se trató de una rebelión armada ni de un enfrentamiento violento. Fue el periodo de mortandad generalizada de indígenas en México, cuando, según algunas estimaciones, la población indígena del país se redujo de 25 000 000 a 1 075 000 individuos. A medida que la población de la región disminuía, las autoridades españolas concentraban a los sobrevivientes de varias comunidades en un solo pueblo, forzando así a muchos a abandonar sus lugares de origen. Las autoridades querían hacer lo mismo con Anenecuilco, cuyos habitantes iban a ser trasladados a Cuautla. Después de muchas protestas, los

lugareños lograron conservar la integridad de su comunidad y retener sus tierras. Ésa fue sólo la primera de una serie de luchas. A todo lo largo del periodo colonial, a pesar de un conflicto con una hacienda vecina, los habitantes de Anenecuilco se las arreglaron para retener la mayor parte de sus tierras y la propiedad comunal. Y parecen haber tenido igual éxito durante la primera mitad del siglo XIX. Alicia Hernández Chávez muestra cómo, en el decenio de 1850, los notables del pueblo pudieron impedir nuevamente que una hacienda vecina usurpara su propiedad. Pero su situación cambió fundamentalmente durante el régimen de Porfirio Díaz. Primero perdieron el acceso a las tierras de pastoreo y de bosques que hasta entonces habían sido de uso público. Más tarde, la hacienda vecina de El Hospital se apoderó de una parte de las tierras que les quedaban. Lo sorprendente de los habitantes de Anenecuilco no es sólo la persistencia con que lucharon con todos los medios a su alcance para retener sus tierras, sino también el éxito relativo que obtuvieron en ello durante mucho tiempo. En la época colonial, su éxito se debió, en una gran medida, al temor de la corona española de que los hacendados pudieran llegar a ser demasiado poderosos si lograban usurpar las tierras del pueblo y subordinar a la población indígena. La corona también deseaba mantener para sí las rentas y tributos que pagaban los pueblos; sin embargo, esta política no habría sido efectiva si los habitantes de los pueblos no se hubiesen valido de todos y cada uno de los medios legales a su disposición para combatir los ataques a su propiedad y a su autonomía.

El éxito de Anenecuilco a principios del siglo XIX tuvo otras raíces, estrechamente ligadas a la participación de sus habitantes en las luchas nacionales del pueblo mexicano. Muchos de ellos tomaron parte en la guerra de independencia con Morelos, y la conciencia de su fuerza y las armas que adquirieron durante ese movimiento hicieron que para los hacendados fuese muy peligroso desafiar sus derechos. Y un desafío de esa naturaleza se hizo aún más difícil después de 1847, cuando, como resultado de la invasión de México por Estados Unidos, el gobierno decidió formar una guardia nacional en la que los campesinos desempeñaron un papel prominente. La nueva guardia nacional no sólo fue importante para impedir los abusos de los hacendados sino también para luchar contra la invasión francesa y el imperio de Maximiliano. Una vez más, como durante las guerras de independencia, los habitantes del pueblo participaron en un movimiento nacional importante. Quizá no esperaban grandes recompensas como resulta-

do de su decisión de apoyar al gobierno liberal de México en su lucha contra Maximiliano, aunque sí, al menos, que su propiedad sería respetada. Pero no fue así. Con Porfirio Díaz, cuando comenzó a expandirse la producción de azúcar, empezó nuevamente la expropiación de la tierra de los pueblos. Y esta vez fue apoyada por uno de los gobiernos mexicanos más fuertes surgidos después de la guerra de independencia.

Alicia Hernández Chávez logró describir no sólo la mentalidad de los campesinos sino también la de la clase rica de Morelos. Esta última no veía razones para permitir que los campesinos conservaran sus tierras, y justificaban su actitud afirmando que, como trabajadores de las haciendas, los habitantes de los pueblos podrían ganar mucho más que cosechando únicamente su maíz y sus frijoles. Así, los hacendados se consideraban como los portadores del “progreso y la civilización” a los campesinos de Morelos. Con todo, sería simplista suponer que la cuestión de la tierra fue la única causa que movilizó a los habitantes de los pueblos a oponerse a la élite y al gobierno. También resentían profundamente la oposición de los gobiernos del estado liberal a sus procesiones anuales y fiestas religiosas. En Morelos, la fe religiosa era un componente importante de la ideología campesina. Muchos radicales de la ciudad de México se quedaron asombrados, en 1914, cuando las tropas de Zapata entraron a la capital del país portando estandartes de la virgen de Guadalupe.

También sería simplista suponer que todo gobernador porfirista apoyaba por igual la causa de los hacendados. Manuel Alarcón, gobernador de Morelos de 1894 a 1909, trató de efectuar una serie de compromisos entre los habitantes del pueblo y los hacendados vecinos, que habían cortado el acceso a una parte de la tierra de Anenecuilco. A diferencia de su predecesor, que había apoyado completamente a los hacendados, Alarcón logró mediar en un convenio entre la hacienda y el pueblo para que los campesinos recuperaran el acceso a las parcelas aisladas. No obstante, el poder de Alarcón era limitado y, a medida que la producción de azúcar se fue extendiendo en Morelos, no pudo impedir que los campesinos perdieran gradualmente sus tierras. Aun así, había obtenido tal legitimidad entre los campesinos que mientras él gobernó no hubo enfrentamientos violentos en el campo. Después de su muerte la situación cambió drásticamente. El nombramiento hecho por Porfirio Díaz de Manuel Alarcón como gobernador de Morelos en 1894, había sido parte de una primera estrategia para impedir que los miembros más ricos de las élites locales se hicieran del poder

en sus estados natales como lo habían hecho a principios del siglo XIX. Esas élites tenían la tendencia a oponer resistencia al gobierno central y a menudo participaron en revueltas. En los inicios del siglo XX la estrategia de Díaz cambió completamente. Casi toda la clase rica de México se había vuelto tan dependiente de las inversiones y los préstamos extranjeros que sus miembros comprendieron que cualquier enfrentamiento armado no haría sino dañar sus intereses económicos. Consecuentemente, Díaz abandonó su resistencia a que las élites locales asumieran el poder de manera directa. En 1909, después de la muerte de Alarcón, Díaz falseó las elecciones locales y regionales e impuso como gobernador de Morelos a uno de los hacendados más ricos del estado, Pablo Escandón, quien puso en práctica una política inmisericorde de expropiación de tierras. Sin embargo, Díaz había cometido un grave error en las elecciones de 1909. Había permitido que los campesinos organizaran una campaña independiente para su propio candidato, Patricio Leyva, y el resultado fue que campesinos de las más diversas zonas del estado crearon por primera vez un movimiento político unificado. Uno de sus principales dirigentes fue el representante más importante del pueblo de Anenecuilco, Emiliano Zapata. Los lazos que se forjaron en la campaña de Leyva habrían de constituir los cimientos del levantamiento zapatista apenas un año y medio más tarde.

Uno de los acontecimientos más interesantes de los que se analizan en el libro es la forma en que Anenecuilco, que originalmente había sido un pueblo indígena, se convirtió en una comunidad mestiza. No hubo un desplazamiento generalizado de los indios por los que no lo eran, como fue el caso, por ejemplo, de las regiones del norte de México; en Anenecuilco, el mestizaje se produjo de otra manera. Después de que una gran parte de la población indígena había muerto y dado que los habitantes del pueblo conservaron más tierra de la que podían cultivar, rentaron parte de sus tierras a extraños —blancos y mestizos— que se asentaron cerca de Anenecuilco y pronto empezaron a establecer lazos matrimoniales con los habitantes. Aunque los mestizos predominaban en el pueblo y el español reemplazó al náhuatl como la lengua principal, Anenecuilco nunca rechazó su pasado indio, sino que continuó identificándose con él.

Lo fascinante de este libro no es sólo la historia de Anenecuilco sino también la de sus documentos. La administración colonial los “perdió”, y sólo logró recuperarlos, para el Archivo Nacional, una comisión de habitantes enviada a la ciudad de México en

1853. Desde entonces se convirtieron en una de las posesiones más preciosas del pueblo y, durante la revolución mexicana, cuando se le preguntaba por qué combatía, Emiliano Zapata tomaba en ocasiones los documentos y decía simplemente: "Ésta es la razón". Muchos de estos documentos se encuentran reproducidos en uno de los apéndices del libro.

La obra contiene dos introducciones. La primera es la presentación que hace el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari. En ella, el presidente compara la importancia de esos documentos con la recuperación de algunas de las joyas más importantes de la arqueología precolombina por la nación mexicana. Al referirse a la historia de los documentos del pueblo, el presidente afirma que "nunca volverán a perderse".

La segunda introducción es del historiador John Womack, el autor de *Zapata and the Mexican Revolution* [Zapata y la Revolución Mexicana]. Lo que impresiona particularmente a Womack de esos documentos es lo mucho que los habitantes de Anenecuilco sabían de la historia y la gran concepción que tenían no sólo del futuro de su propio pueblo sino del desarrollo de la nación mexicana.

Después de leer ese volumen, uno queda más convencido que nunca de que los campesinos de México, lejos de ser primitivos, ignorantes, bárbaros rústicos, capaces sólo de destrucción, tenían una concepción a menudo mucho más coherente que la de las élites, no sólo del tipo de pueblo que querían preservar, sino del México que deseaban para sus hijos. Esta obra es una contribución importante no sólo a la historia de Anenecuilco o de Morelos sino a la de todo el país.

Friedrich KATZ
University of Chicago

Traducción de Mario A. Zamudio

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD: *Los rebeldes vencidos: Cedillo contra el estado cardenista*. México: Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, 251 pp. ISBN 968-16-3540-X.

Hasta hace veinte años, la historiografía del México del siglo XX había tendido a centrarse en la política de quienes detentaban el poder en la ciudad de México. Con tal enfoque se corre el riesgo de presentar un punto de vista muy simplificado de la complejidad